

Los sucesos de La Virtud: el irrespeto a las convenciones internacionales

“La Virtud” es uno de los campamentos de refugiados salvadoreños en Honduras, que están bajo la responsabilidad compartida de ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) y del gobierno hondureño. Cerca de la frontera salvadoreña, pero en territorio de Honduras, malviven en ese campamento varios miles de salvadoreños, en su mayor parte mujeres, niños y ancianos, que han tenido que huir tras las distintas ofensivas militares del ejército salvadoreño o simplemente en razón del peligro que corrían sus vidas por los más diversos motivos.

Pero no es sobre los refugiados lo que ahora queremos comentar sino, más bien, sobre lo que es la guerra que se está llevando, relativamente lejos de San Salvador y de las capitales departamentales, pero que es cosa de casi todos los días en el agro salvadoreño.

Todo ha sucedido en plena ofensiva del ejército salvadoreño en Cabañas. Parte de la población civil se ha visto forzada a huir, tratando de atravesar el Río Lempa en busca de alguna defensa en territorio hondureño. Desde Sensuntepeque, el enviado especial de la AFP informaba que hubo más de doscientos muertos en las márgenes del Río Lempa. No se trataba de guerrilleros sino de gente civil que huía de la refriega, pero que por el mero hecho de huir se convierten en presuntos colaboradores de los guerrilleros.

En este clima de guerra y persecución se desarrollan los sucesos de “La Virtud”. Había antecedido la muerte de dos soldados hondureños, muerte atribuida a soldados salvadoreños por unos informadores y a guerrilleros por otros. La verdad es que entre los días 13 y 18 de noviembre cientos de testigos habían visto cómo las tropas salvadoreñas

salían de sus propias fronteras y se servían para sus operaciones del territorio hondureño y del territorio en litigio. En la mañana del lunes 16, dieciocho soldados salvadoreños, uniformados y armados en su mayoría con fusiles M-16, llegaron a “La Virtud” y permanecieron varios minutos en el destacamento que el Batallón Lempira, del ejército hondureño, tiene en esa localidad. Al medio día se dirigieron al campamento de refugiados propiamente dicho junto con elementos armados y vestidos de civil, que llevaban los rostros cubiertos de pañuelos. Allí procedieron a la captura de refugiados.

Pero afortunadamente en el campamento de refugiados se hallaban ocasionalmente observadores extranjeros, entre ellos un ayudante del representante demócrata Ron Dellums y Bianca Jagger. Según el relato de ésta última, que presenció los acontecimientos, soldados salvadoreños y gente de ORDEN se llevaron del campamento a unos 25 refugiados, entre ellos, mujeres embarazadas y niños: “los llevaban amarrados con las manos hacia atrás y atados de los dedos gordos. Algunos iban amarrados del cuello con mecates y los halaban. . .”. Al reconocer la presencia de la prensa internacional, que estaba sacando fotos, alguna de las cuales ya ha recorrido el mundo, tuvieron que abandonarlos, antes de reintroducirse por la frontera de El Salvador.

Esos son a grandes rasgos los sucesos ocurridos en “La Virtud”. Ponen en claro cómo se está desarrollando la guerra, fuera de todo control y sin respeto alguno no sólo de las convenciones internacionales sino de los más básicos principios de humanidad. Es natural que los refugiados sientan simpatía por sus familiares que luchan en la guerrilla

y a quienes querrán ayudar en todo lo posible. Es cosa, entonces, del Alto Comisionado y del gobierno hondureño intentar por medios legales que no cometan acciones que violen su estatuto de refugiados. Pero de ahí a lo que se está haciendo hay un abismo.

Denuncias internacionales bien fundamentadas prueban: a) que a los refugiados les es muy difícil acceder a lugar seguro, porque en su huida justificada son asediados y masacrados por el ejército salvadoreño, como ocurrió en el Sumpul; b) que ya en los campos de refugio no cuentan con seguridad, pues las tropas salvadoreñas y miembros de ORDEN, además de grupos paramilitares hondureños, se introducen en ellos y los llevan presos del mismo modo y con los mismos procedimientos que se utilizan en territorio salvadoreño; c) que está comprobada la presencia frecuente del ejército salvadoreño en territorio de Honduras, lo que ha llevado a tímidas protestas de las autoridades, sólo cuando la prensa internacional y la de su propio país lo han denunciado fehacientemente; d) que se da una clara connivencia entre los dos ejércitos en el hostigamiento a las fuerzas guerrilleras, de suerte que la pro-

clamada neutralidad del ejército hondureño deja mucho que desear; e) que no son ajenos a esta connivencia y a esta permanente violación del derecho internacional y del derecho de guerra los asesores norteamericanos que están a un lado y a otro de la frontera.

Es difícil que estas cosas se arreglen mientras siga una guerra de este tipo y mientras no se reconozca que de hecho se está dando una guerra y que lo menos que se puede pedir es que se regule y se pacte la marcha del conflicto. Pero, como decía últimamente en una de sus homilias Mons. Rivera y Damas, refiriéndose a las muertes en Cabañas, no es precisamente con este tipo de acciones como se va a traer la paz a El Salvador. El horror de decenas de miles de refugiados cada día en aumento y que pronto pueden alcanzar al medio millón, el horror todavía mayor de los miles y miles de asesinados, el horror de la descomposición física y moral del pueblo salvadoreño están exigiendo que se busquen fórmulas aceptables y eficaces para acabar con este conflicto, que tras casi un año de guerra declarada no hace sino agravarse.

E. B.

